

Trepidaba la música regional, y el color diverso de los trajes prestaba luz al día triston. La temperatura era buena. En el muelle esperaban los miembros de nuestra Embajada.

Observé una vez más que la dulce carga del *Monte Albertia* provocaba un encuentro de las ciudades y las multitudes con algo como el paraíso perdido, como la fuente encantada. Los fotógrafos de Prensa, y de un modo singular los micrófonos de la Radio Nacional brasileña, captaron el espectáculo inconcebible.

Se desembarcó de prisita y con el máximo de facilidades.

Al otro lado de la Aduana, nos esperaba una larga caravana de pequeños camiones descubiertos. En cada camión había seis o siete sillas o un par de bancos, enfrentados por babor y estribor, y destinados a servir de asiento a las muchachas y de plinto a su belleza y a la popular extravagancia de sus trajes.

En el teatro Municipal —donde habrían de debutar los Coros y Danzas—, la colectividad española ofrendó a nuestras muchachas un vino de honor.

Por la tarde, acompañados del ministro y del personal de la Embajada, los Coros y Danzas visitaron el palacio del Prefecto.

Casi cuatro días seguidos teníamos en nuestro haber para permitirnos el lujo de jugar a turistas. Una fiesta de presentación en la Embajada, tres funciones en el teatro Municipal, otras tantas en una sala aún sin elegir y tres emisiones por los micrófonos de la Radio Nacional brasileña, amén de los pequeños comandos que siempre operaban en los conventos de monjitas o de padres españoles, eran la total tarea que esperaba a nuestras chicas. Para cerca de diez días no era mucho ajeteo, sobre todo comparándolo con

la frenética labor realizada en la Argentina.

En la fiesta que nuestra Embajada en Río organizó para la presentación de los Coros y Danzas, el «todo» social de la ciudad carioca, estaba allí, jovial, distinguido y riguroso y cortésmente aldeano, en torno a los vivos colores de las españolas. Ovaciones, claro.

Manuel Augusto García Viñolas acertó a definir la intrascendente gravedad de aquellas danzarinas con misión, con cálido y universal mensaje, y fueron sus palabras el prólogo mejor a la romería.

Alrededor de las dos, las chicas se marcharon hacia el barco, no sin que les siguiese una buena escolta de coches. Desde el jardín oíamos sus canciones perderse entre la luz de Río y la brisa del mar.

A eso de las ocho las irían a recoger cuatro autobuses para conducirlos a Petrópolis y al fasto del hotel «Quitandinha», uno de los «grandes» en materia de albergues, del cual se trajeron una impresión oriental y un hato de etiqueta para pegar en el equipaje.

En el teatro Municipal debutaron los Coros y Danzas. Fué un recital a beneficio de la Obra Antituberculosa. Las autoridades de la ciudad, muchos de los más renombrados políticos brasileños, buena parte del gran mundo y un público ganado desde el primer paso por la simpatía de mis ciento y pico sobrinas, testimoniaron el nuevo éxito. Advertía yo en las gentes un deseo de acercarse a aquella alegre y misteriosa España, a aquel disparatado país europeo o africano o americano, o las tres cosas, o vaya usted a saber, donde todavía se bailaba hasta exportación. Charlé con algunos periodistas. Recuerdo uno, de Folha Carioca creo, que me dijo: «Más hacen por el entendimiento de España estas pequeñas que muchos libros, que muchos reportajes, que muchos artículos, que muchas